

tendieran Cervantes, Argensola, Saavedra, León, Mariana, ni Solís, como *coqueta, tur* (tour), *detallar* y otras asaz particulares que no ignorará el benévolo y curioso muy señor mío» (pág. 82). Con esto decidme, hijos: si agujaba la lengua por el despeñadero aun antes de llegar á su fin el siglo XVIII, ¿cómo no la habían de llevar á los derramaderos de la perdición los galicistas del siglo XIX, enamorados del francés, enemigos del romance? Sí, la lengua española había fenecido con el siglo XVIII. La plaga de langosta galiparlera la había talado tan por entero, que apenas quedó rastro de sus frases, modismos, vivezas, gracias, gallardías; aquella incomparable pompa de su belleza yacía destrozada, sin verdor, sin vida, mustia y seca; sólo el ciprés le faltaba por fatídico nuncio de su muerte.

GAM.—¿Ningún literato alzó la voz con lamentos? ¿Ni tan siquiera hubo lágrimas alquiladas? Porque el lamentable caso pedía que alaridaran los amigos del *Quijote* contra tamaña calamidad.

GER.—¡Benditos de Dios! ¿No habéis visto las *Exequias de la lengua castellana*, en que el extremeño Forner hizo alarde de su fecundo ingenio? Es un monumento literario español del siglo XVIII. Finge el autor un viaje hecho al Parnaso, donde piensa han de celebrarse las honras á la difunta lengua castellana. Su guión á la cumbre del monte es Cervantes, con quien pasa en el camino ratos de deliciosa conversa-

ción. Al pisar la falda del Parnaso, ofréceseles una gran laguna ceñida de légamo asqueroso, llena de ranas. Al verlas, dice Cervantes: «No creáis que porque veis ranas no son poetas los que veis, y no sólo poetas, sino otras infinitas castas de escritores que, naciendo hombres, vienen por fin á parar en anfibios vocingleros y charlatanes. ¡Cuántos conocidos vuestros habitan ya y han de venir presto á habitar esta laguna!... Ahí andan raneando y parlando innumerables de ellos, que no supieron más que hablar de todo, á Dios y á ventura... Ahí están ahora enfadándose á puros chillidos cuantos filosofastros ha engendrado la impiedad de este último tiempo; ¿quién lo diría, amigos, que habían de parar en ranas?... Ahí están consumiéndose en una murria ranalmente eterna casi todos los traductores de libritos franceses, que han corrompido el habla de nuestra patria y puéstola en el extremo que lloran los buenos por servir al hambre y al interés sórdido... Y es gusto ver una multitud de rábulas, convertidos en ranas, andar bachillereando de aquí para allí, molestando con su locuacidad bronca á los restantes moradores de la laguna, porque, en fin, éstos no cantan sino en días serenos; pero los abogados-ranas en serenos y turbios, en fríos y calorosos, en enjutos y húmedos, en todos tiempos, en todos los días, meses y años, garlan y más garlan, jamás lo dejan... Distingúense los malos poetas en que, como

conservan el resabio de la lengua que hablaron, entonan un canto gangoso y obscuro, que no parece sino que sale de una congregación de viejas tabacosas: estos son las heces de la literatura de su país, glorioso igualmente en hombres sabios que en ranas literarias... Los filósofos es gente somera é impaciente de la fatiga, pero en sumo grado ostentadora y jactanciosa: ensayos, diccionarios, pensamientos sueltos, discursos, misceláneas, he aquí los pasajeros monumentos de su literatura; pasajeros, porque se escribieron para su siglo, no para todos... En fin, esta laguna es el paradero de todos los escritores, ó inútiles, ó pedantes, ó fantásticos, ó perversos.» Todo esto puso Forner en boca de Cervantes.

GAM.—¿No le parece á v. m. que Cervantes nunca gastó en su vida habla tan ramplona? A mí no me satisface su manera de decir, no reconozco por suyo ese lenguaje. La sátira de Forner parece emplasto, mera cataplasma.

GER.—Cierto, Forner habla como Capmany, como Isla, como Feijóo, por más que presume de correcto hablistán. En su escrito usa *tacto* por *tino*, *humanidad* por *linaje humano*, *objeto* por *fin*, *fijarse en* por *advertir*, *echar de menos* por *echar menos*, *dirigir la palabra* por *hablar*, *genio* por *ingenio*, etc.; en suma, comete los defectos que satiriza. Quiero decir, nació Forner para acrecentar la turba de galiparleros. Lo más principal en su Sátira es que,

aunque tenga párrafos limpios de galiparla, no los llena de frases vivas y comunes á los clásicos; por eso su estilo es flojo, acompasado, sin chiste ni gracia, casi como el estilo francés, bien que algo teñido de español.

NEAN.—Siga v. m., señor, el viaje al Parnaso. Mas antes perdone v. m., recuerdo haber leído en los *Heterodoxos*, que Menéndez Pelayo censura al P. Feijóo por *el abandono del estilo y la copia de galicismos*.

GER.—Cometiólos, sin duda, en especial cuando traducía del francés, artificio en él más ordinario de lo que á primera faz parece: entonces se demasiaba en yerros de lenguaje, como connaturalizado en ellos.

GAM.—Bien le tenía tomado el pulso nuestro Menéndez Pelayo. Apechuguemos, señor, con la subida al monte, que se me antoja á mí será el de la mirra.

GER.—Llegado que hubieron, entre otras cosas díjoles el autor del *Quijote* contando la muerte de la lengua: «Apolo ha decretado ahora este castigo (de la hoguera) á los asesinos de nuestra lengua, y de ellos ha elegido con especialidad á los semigalos por incorregibles y porque han ocasionado la muerte á la respetable matrona con la enfermedad más sucia y hedionda... Sin defensores, sin padrinos que le valiesen, resistió vanamente los insultos de la caterva engalicada y contrajo al fin la enfermedad que le comunicaron. La dolien-

cia llegó á su extremo, y acosada cada vez más del furor de los corruptores, huyendo de su país, llegó aquí, donde murió en las manos de aquel respetable anciano que visteis poco ha, el cual, así como fué en su patria el último y solo defensor de ella, así ha sido aquí el que recibió en sus labios el último aliento de aquella alma grande y generosa. Tiempo es que la veáis. Venid y lamentad vuestra desgracia en la suya, viéndoos privados del mejor instrumento de vuestras ideas.»

NEAN.—También me parece á mí, señor, poco sabrosa el habla de Forner. Cervantes habría empleado más ingenio en las frases, más sal en los dichos, más galanura en las cláusulas, menos torpeza de prosa en caso tan grave.

GER.—Lo grave del caso es que el propio Forner, después de contemplar el funesto espectáculo de la gallarda matrona, hecha ya frío cadáver, entre otras exclamaciones dice: «¿Cuándo acabaremos de conocer que nos defraudamos de nuestras riquezas por comprar con risible descrédito la pobreza de los extraños?» Aquí preguntara yo á Forner en qué autor clásico halló el reflexivo *defraudarse*, tenido por Cuervo en concepto de castizo por haberle visto en las *Exequias* de Forner (Diccion., t. 2, art. Defraudar). El cual, más adelante, introduce la sentencia de otro clásico en esta forma: «He leído algunos de esos pape-

lejos que abortan hoy en tanto número las prensas de España, y en ellos me han disgustado dos cosas notablemente: la una, que á título de reformar abusos, confundiendo las cosas por malignidad ó por ignorancia, que es lo más cierto, murmuran de lo que no debieran; otra, que, siendo su oficio reformar, en vez de establecer las reliquias de la lengua, la han acabado de destruir. Su estilo es vulgar, bárbaro, balbuciente, imitación lánguida de los libros franceses, que leen y copian, ó razonamientos insulsos de entendimientos que se explican del modo que piensan, esto es, tarda y desconcertadamente.—¡Pobre lengua española!, exclamó Villegas. Y no sin compasión nuestra le vimos enternecerse y acompañar con algunas lágrimas su triste y dolorida exclamación. Enjugóselas, y siguió diciendo: Mancebos, á vuestro estudio ha fiado Apolo la empresa de mantener en lo posible la memoria de la lengua que hablamos Garcilaso y yo. Engrandecieronla hombres eminentes en diversas épocas. Perfeccionada con adquisiciones sucesivas, las recibieron los escritores de Carlos II.»

GAM.—En verdad, señor, yo apenas he divisado un solo hispanismo en todo ese tramo de Forner. La majestad, robustez, naturalidad y viveza de la frase échanse menos en la elocución del satírico escritor. La repetición de la *y* en medio de las cláusulas se me atraganta, no puedo con ella, la tengo por descuido de

estilo. ¡A valiente reformador encomendaba el dios Apolo la empresa!

GER.—Forner no caía en la cuenta de muchos primores clásicos, por eso no los empleó. Oid cómo habla de Cervantes el clásico Villegas: «Cervantes, ese soldado andrajoso que veis ahí, creó el estilo jocoso, y dió inimitables ejemplos de narración fácil y amena, del diálogo urbano y elegante, del arduo modo de expresar con las frases la ridiculez de los hombres. Su pluma fué un pincel en cuanto escribió, y su *Quijote* es un ejemplar ó idea de los estilos más agradables.»

GAM.—Divinamente dicho, si hubiese ahorrado ese par de *yes*, que no hacen maldita la falta, si empleara en su lugar otras partículas más elegantes, pues reparo yo que no era Forner aficionado á ellas, contra la costumbre de los clásicos.

NEAN.—Escrupuloso andas, amigo, salpicando tantas minucias. Te concederé, eso sí, que más sabor castizo hallo yo en cualquier pasaje del *Quijote* que en cuantos retazos de Forner nos ha leído D. Geroncio. Pero se ve que Forner entendía el mal de que adolecía su época; si no le remedió, no dejaba de ser hombre de grandes iniciativas.

GAM.—Esas *iniciativas* quédense para los gabachines. En su lugar dirás *alientos*, *bríos*; pero más valdrá usar en ese caso de algún modismo, como *hombre de pelo en pecho*, *de ánimo y*

valor, *de corazón esforzado*, *de chapa*, *de arrojo*, *de rompe y rasga*, etc. Advierte, amigo, que los franceses son muy aficionados á la *y* en medio de la cláusula, porque carecen de partículas con que eslabonar los miembros, como va dicho ya.

GER.—Gravísimo es un punto que el interlocutor Villegas toca, discurrendo cómo por dos motivos los españoles convertían á la sazón las locuciones francesas en castellanas. «El primero, dice, porque no habiendo hecho estudio radical de su idioma, ignoran las equivalencias de las frases; el segundo, porque no leyendo nuestros buenos libros, se ha olvidado el uso de nuestros modismos, se há perdido el verdadero carácter poético, se ha desconocido la abundancia y fertilidad de la lengua, sin que hayan bastado los conatos y clamoreos de algunos genios sobresalientes para reprimir la furia de los traductores hambrientos y charlatanes ambiciosos, que á viento y marea han llevado adelante la corrupción. Empeñarse en destruir este ejército, sería temeridad inútil. Las escuadras de la ignorancia han sido siempre invencibles. La novedad, que lo mejora todo y lo corrompe todo, capitaneando tropas de gentes frívolas y superficiales, destruye por sí mismo las lenguas, las ciencias y las artes, después de haberlas perfeccionado.» Hasta aquí Villegas, mostrando tenía por irremediable, por imposible de curar el mal de la galiparla.

GAM.—Advierto, señor, que Baralt tildó de

galicismo el plural *gentes frivolas*, que pone Forner en los labios de Villegas; nunca tal hubiera dicho un autor clásico.

GER.—Quiero prestéis atención á un consejo que el dicho Villegas daba. «Aunque el mal parece enteramente desesperado, juntad vuestras fuerzas... manifestad la diferencia que hay entre los que saben bien el uso de su lengua y los que corrompen este uso... Estudiad las frases de la lengua, no las de los autores. Buscad en ellas la abundancia y la propiedad, no el giro ó semblante que dió cada escritor á su escrito.» Bien dicho va eso, porque una cosa es el lenguaje, otra el estilo; por eso aquí en nuestra conferencia hablamos principalmente del lenguaje español, que debemos aprender en la lectura de los clásicos. Siguiendo su viaje por el Parnaso, llegan los viajeros, guiados por Cervantes, á una plaza anchísima, donde una turba de ganapanes hacinaban libros para levantar con ellos una gran pira. «Próvidamente ha ordenado Apolo, dijo Villegas, que sirvan de pira á nuestra lengua los libros que la han hecho perecer.»

GAM.—¿No le parece á v. m. que esa frase *la han hecho perecer* es puro galicismo?

GER.—Sí lo es: debería Forner haber dicho que *la han arruinado, la han llevado de caída, la ha despeñado en su perdición, la han estragado del todo*, etc., etc. Yo no sé si merecía el libro de Forner ir al montón de los destinados al

fuego, pues daba alientos al estrago de la lengua, so color de buscar su mejoramiento. Socolores de fantasía, en realidad de verdad. «Se ha perdido, dice Arcadio, la amenidad de nuestro lenguaje, se han perdido las frases y modismos poéticos, se han perdido las gracias de nuestra locución jocosa, se han perdido los giros y construcciones vivas y enérgicas, se ha perdido la facilidad de las traslaciones, se ha perdido la armonía, la grandilocuencia, la abundancia, la propiedad: todo se ha perdido en los versos y prosas de la mayor parte de los que hoy escriben...»— «No en vano, dijo Villegas, está la poesía al lado del cadáver de nuestra lengua, afligida, llorosa, atribulada, lamentando su pérdida en la de tan excelente madre.» Enfadosa ocupación fuera el resumir los discursos y razones de las personas introducidas por Forner en su fantástico viaje. Más de ver es el acompañamiento fúnebre formado de los clásicos autores que, llevados del afecto y obligación, concurrían al entierro de la lengua castellana. Las plañideras iban cantando: «Llorad, españoles. | Lamentad hoy juntos | Infinitos daños | Cifrados en uno», con otras muchas estrofas de dolor y lástima. Dejo también el discurso fúnebre, recitado por el mismo Forner. Lo que al cabo de todo sucedió fué que, prendido fuego en la gran pira de libros hispano-galos, transformados en ranas muchos de sus escritores, fueron ellos con las espuestas de cenizas arrojados al pestilente ce-

nagal, salvándose unos poquitos para dar fe, arrepentidos, del fin y término que esperaba á los galicistas de sus desatinadas tareas, en castigo de la insolente barbarie. Porque Apolo había anunciado que la lengua castellana no yacía muerta en realidad, sino sólo acometida de un accidente mortal, de que el dios la había sacado para mostrar al mundo cuánto perdiera España si dejaba perder el instrumento de sus glorias. Tal es en brevísimo compendio la obra de D. Juan Pablo Forner. En la cual Sotelo, con oficiosa adulación, alabó la *pureza y elegancia del estilo* (Rivadeneira, t. 63, pág. 291).

NEAN.—Contentárame yo con llegarle á Forner á los zancajos. Bien podía prometerse la lengua remedio radical á haber poseído escritores como él que trabajasen con acierto.

GAM.—El haber poseído algunos, poco le hubiera aprovechado, á menos que hubiesen sobresalido en pureza de lenguaje y en celo de difundirle. Pero quien, si no llena, salpica el escrito de manchas en vez de matices, poca hacienda podrá hacer. Principalmente, que yo no descubro en este autor, como dije, viveza de frases clásicas, ni copia de modismos, antes hartos giros afrancesados, palabras francesas, fórmulas que huelen á francés. Lo cual demuestra cuán poquitos fueron los que se salvaron de aquella universal sentina que, desatada de los revolcaderos y cenagales hispano-galos, ex-

tinguió el lustre de nuestra lengua, como hasta aquí hemos oído.

NEAN.—¡Qué tristes efectos habían de causar en el vulgacho aquellos escritores galiparlistas de que v. m. nos acaba de hablar, conforme á la Sátira de Forner! ¿Por qué no los llamaremos traficantes de papel de estraza, escritores de máquina, papelistas corrilleros, como quienes arremetían á la pluma sin conocimiento de la lengua, por sólo ambición de llenar papel?

GER.—Llámalos como te dé la gana, cualquier apodo les vendrá ancho. A título de libros bien compuestos en francés, vendían al pueblo traducidas barbaridades españolas que, cundiendo en el lenguaje familiar, echaban un jarro de agua á la viveza de las castizas expresiones, porque en lugar de substituir á la frase francesa el vestido de la genuina castellana, presentábensela como en cueros, bastarda, mentirosa, adulterina, lo cual era como copiar trozos franceses, sin cuidar de tener á mano la equivalencia española. Con esto, aquellos primores clásicos, infinitamente más graciosos, más elocuentes, más sueltos, más varios, más flexibles que los del francés, desaparecieron á vueltas de la sequedad, inflexibilidad, monotonía, seriedad de la lengua francesa, como si las frases, locuciones y modismos propios no fueran parte para expresar la grandeza ó excelencia de las cosas que se dicen. Añadid á esto que los juicios

del vulgo suelen ser juicios de reata. Un noticiero, un farraguista, un rábula, un hacinador, un erudito de café, por barbarismos que eche, por más que ignore lo castizo del habla, aunque le falte capacidad para embellecer con decente ornato un pensamiento, si es picudo y parlero, si mete con garbo parolina con que hacer la cama á sus mil gabachadas, álzase luego con el crédito de bien hablado, porque acertó á soltar una bien parloteada arenga, no de otra suerte que los barberos de arrabal á poder de chorretadas logran deshacerse de un entendido médico para apoderarse ellos solos del privilegio de matasanos. Así, con suma facilidad el castellano del vulgo, en aquellos calamitosísimos tiempos, se trocó en jerigonza, en jerga, en algarabía, en morisqueta, en batiburrillo, en greguería, en guirigay, sin oposición de nadie.

No dije bien de nadie; ahí está, demás de Forner, el autor de la *Declamación contra los abusos introducidos en el castellano*. Hablando de los traductores, se lamenta el celoso escritor de que el traducir llegase á ser «un oficio, un comercio, una manía, un furor, una epidemia, y una temeridad y avilantez.» «Sin la posesión de la lengua nativa, añade, sin conocer la extraña, sin consultar el origen de las dos, sin haber saludado la facultad que sea el asunto, osan en el día (de hoy) torpes traductores amancillar el mérito de los originales con un castellano que de verdad no lo es. Su énfasis,

aquella prenda peculiar suya que luce principalmente en usar de metáforas, queda destruída por la llaneza y apagada expresión del francés. Y como la penuria de vocablos de éste le haya obligado á juntar un caudal razonable de frases propias cortadas á su traza, en cada una que se introduce por las traducciones se corroe y carcome todo el ensanche del castellano, y este es el golpe mortal sacudido contra él y el funesto complemento de exterminio de sus solariegas é infanzonadas propiedades.» Así deploraba el autor anónimo el estado del romance en 1791. Con más lástima ponderó su ruina al fin de la *Declamación*, diciendo: «En tal estado, ¿dónde, pues, hallará albergue y acogida el desvalido idioma?, ¿á qué asilo podrá retraerse?, ¿á cuál sombra?, ¿so qué tutela?, ¿bajo cuál amparo? Niégasele el trato doméstico, cuando hasta las cosas más comunes reciben nombres extranjeros; ahuyéntale el comercio público, hecho moda y gala y hábito su olvido; destiérranle de las traducciones la ignorancia y la precipitación; expatriánle de las obras originales el capricho y el pernicioso ejemplo; ciérranle sus puertas el Teatro nacional, y en el santuario mismo se le prohíbe y veda sagrado y refugio. En abandono tan absoluto, en orfandad tan mísera, ¿quién podrá acorrerle?, ¿quién ser su valedor?»

GAM.—Descanse un rato v. m. El corazón se aflige de sólo pensar en la desdicha de aque-

llos tiempos. Paréceme haber oído decir un día á v. m. que la Real Academia propuso entonces, por remedio á tantos ultrajes como al castellano se hacían, un premio al que presentara la *Apología de la Literatura Española*. Si ello es así, bien conoció ella el mal, pues trató de su cura con tanta solícitud. Los criticastros extranjeros se juzgarían precisados á volver por nuestra reputación, visto el celo con que la Academia miraba por la inviolabilidad del idioma.

GER.—Así fué; pero la Academia, no hallando *Apología* alguna que respondiese á su designio, desistió de su empeño. Tal vez pensó ella sacar la cara y escribir la *Apología* que pidió; mas no sé yo que llevase á efecto su proposición, como sea verdad que el trabajo del autor anónimo antes alegado quedó sin premio, según él mismo en su *Diálogo* lo confesaba.

GAM.—Por totalmente perdida pudo entonces darse la lengua española. Desterrar la faramalla de los viles remedadores franceses era negocio de milagro. A mí me bastaba la autoridad de Iriarte, que en su *Epístola primera*, escrita en 1774, decía así:

«Primeramente nuestro bello idioma,
Competidor del de la antigua Roma,
Sujeto yace á dura servidumbre.
Escríbenle sin regla ni cuidado;
Háblanle por costumbre;
Sus delicados fueros no veneran;
Nadie le estudia, todos le adulteran.

Si alguno se ha esmerado
En escribir pesando las dicciones,
Después de mil prolijas correcciones,
La turba de lectores indiscreta
Hace de la elegancia igual aprecio
Que del peor estilo de gaceta.
Ya se acabó aquel tiempo en que hubo necio
Que pasaba las noches y los días
Limando sordamente sus escritos,
Fiel censor de retóricos delitos,
Exacto en evitar cacofonías,
Vocablos forasteros, redundancias,
Frasas impropias, malas concordancias.
Hoy cada cual se explica como quiere:
Si habla castizo ó no, nadie lo inquiera.
Escribir con borrones ya no es moda;
¡Nuevo y útil convenio,
Que á todos los bolonios acomoda!»

Después, encarándose el poeta con los ruines traductores, hace al dios Apolo una plegaria diciendo:

«¡Oh!, quiera el justo Apolo
(Pues se lo pido así en mis pobres versos),
Que cuanto aquéllos en su vida escriban,
Quede como archivado en protocolo
Del más necio librero en la trastienda;
Que sólo de ello los gusanos vivan,
Y eterno polvo empuerque tal hacienda,
Que ni los confiteros la reciban,
Ni aun merezca servir para cohetes
O para alfombra en lóbregos retretes.
Sí, legos traductores,
Caiga sobre vosotros mi anatema,
Viciosos corruptores,
Los que á la pura lengua castellana
Pegasteis una gálica apostema,
Que en su cuerpo no deja parte sana.»

Así se expresa D. Tomás de Iriarte, viva-

mente resentido de ver trocada en muñeca de guiñapos la matrona más bizarra del mundo.

NEAN.—Me voy convenciendo de la ardua dificultad, por no decir imposibilidad, de volver á la antigua forma del lenguaje; el forcejear á lo que se cae de su peso con tanta balumba, por negocio imposible lo juzgo.

GAM.—Ese *forcejear* es incorrecto, Neanisco. El propio y castizo es *forcejar*; así lo decían los clásicos, aunque algunos modernos repugnen. También opino yo que era sudar por lo imposible el desnudarse los del siglo XVIII de los despojos franceses, por más mal ganados que fueran. Porque si no, dime: ¿quién los había ganado sino la inconsiderada liviandad y el temerario arrojo, amparados por el desestudio, si sufre decirse, de la lengua castellana? A la sombra de la ignorancia levantó cabeza el prurito de la novedad, que dió al traste con la preciosa labor de los antiguos maestros.

GER.—¿No habéis reparado en aquella expresión de Iriarte «si habla castizo ó no, nadie lo inquiera?» En aquella sazón no eran considerados los sudores que á nuestros padres costó el engalanar con atavíos primorosos la lengua: otro tanto pasa en nuestros días. ¿Con qué tesón y ahinco no se esmeraron en pulir, después de haberlas registrado con diligencia, las voces y frases castellanas, para que no hubiese concepto ni sentimiento que por ellas no quedase elegantemente exprimido? ¿Qué pretensión

era la suya en tan pertinaz estudio, sino asentarse lenguaje cierto y constante (cual convino siempre á toda culta nación), cuya riqueza y propiedad no padeciese en ningún tiempo menoscabo ni mudanza? Pues cuando los del siglo XVIII, perdidos tras el oropel de los idiotismos franceses, no sólo no estimaban sino que asqueaban la sólida elocución del siglo XVII, por ganar crédito de curiosos con sus iguales; cuando declaraban así su menosprecio, procurando desarmar con una risita liviana el ceño de los castizos hablistas; cuando volvían al otro lado la cara por no dárselos mucho que anduviese limpia ó manchada la escritura, señal era de gusto pervertido, indicio de haber tomado corriente el abuso, prueba de lozanía avinagrada por la levadura de allende, argumento de cáncer venenoso que, atizado por la novedad, estaba ya pudriendo en la raíz la flor de nuestra riquísima lengua. De aquellos polvos, estos lodos. El lenguaje español dejó de ser lo que en el siglo de oro había sido; el lenguaje español prosiguió siendo en el siglo XIX tan desastrado como el siglo XVIII le dejó.

NEAN.—En lo que dice v. m. de polvos y lodos, tengo yo mi dificultad. Parece que hoy día decimos pan al pan y vino al vino, porque á los escritores castizos los calificamos de tales, así como á los eruditos de café, como v. m. los llamó, los tildamos de incorrectos, pues lo son generalmente hablando. De modo